

filosofía, más de una vez hemos hecho nuestras reservas; por muchos conceptos es una reacción ciega contra lo pasado. Ahora bien, la reacción va siempre más allá del objeto que se propone conseguir. Es, pues, conveniente que el elemento tradicional encuentre defensores. Vamos á escucharlos y sacaremos algún provecho de sus pensamientos, porque no son hombres ordinarios que entran en lucha contra las exageraciones de los filósofos; se llaman *Federico*, *Montesquieu*, *Vauvenargues*.

§ III.—La apología de la guerra.

N.º 1.—*Federico II.*

I.

Federico II es hombre de guerra y filósofo, y á primera vista parece que el uno es la antítesis del otro. Abramos su *Anti-Machiavelo* y encontraremos máximas que Voltaire hubiera aceptado. «Ahora se prefiere la *humanidad* á todas las virtudes de un conquistador, y ya no se incurre en la *demencia* de estimular con alabanzas *pasiones crueles* que causan la *desolacion del mundo*.» Hémos aquí de lleno en la cruzada filosófica contra los conquistadores. Federico, el futuro héroe de la guerra de los Siete años, dice duras verdades á los héroes sin cuidarse mucho de escoger las palabras. «*El conquistador es un ladron ilustre; el ladron ordinario es bribon oscuro*.» Poco importan al príncipe real los altos hechos de armas y la gloria; no es hombre de ilusiones. Escuchemos su juicio sobre el pueblo rey: «Los Romanos, en el tiempo feliz de la república, eran los bandidos más sabios que han desolado nunca la tierra.» ¿No es, sin embargo, un sentimiento natural la ambición? Federico responde que «la ambición y la vanagloria son vicios que se castigan gravemente en un particular, y que siempre son aborrecidos en un príncipe» (1).

(1) Esta sentencia está tomada de las *Consideraciones sobre el estado presente del cuerpo político de la Europa*, escritas en 1733. (*Obras*, t. VIII, p. 26.)

Habiendo llegado á ser rey no renegó de estos sentimientos; al ménos en sus escritos continuó declamando en prosa y en verso contra la guerra. Prescindamos de los versos; la poesía tiene siempre ciertas licencias, que no deben tomarse al pié de la letra. Después de haber hecho la guerra, *Federico* escribió la historia de su tiempo. En el *prólogo* se lee: «Supongamos que la adquisicion de dos ó tres plazas fronterizas, de un pequeño retazo de terreno, deban ser considerados como ventajas; cuando se hace la cuenta de los gastos excesivos que ha costado la guerra, cuán oprimido ha sido el pueblo por los impuestos para reunir estas grandes sumas, y sobre todo que estas conquistas se han alcanzado á costa de la sangre de tantos millares de hombres, ¿quién no se conmovirá á la vista de tantos desgraciados como son víctimas de estas funestas contiendas? Esta es la mejor lección de moderación que se puede dar.»

Federico hubiera debido añadir que es una lección que él no ha aprovechado. Cuando se comparan las máximas del poeta y del historiador con las acciones del rey, ocurre preguntar si el autor ha querido burlarse de sí mismo ó de sus lectores. Tal es la impresión que produjo en Voltaire la oda sobre la guerra, que el rey le envió: «Cualquiera creería, dice el malicioso corresponsal de *Federico*, que esta oda es de algún pobre ciudadano, cansado de pagar el diezmo, y el diezmo del diezmo, y de ver sus tierras arrasadas por las contiendas de los reyes. Pero no es así; es del rey que ha armado la pendencia, es del que ha ganado con las armas en la mano una provincia y veinte batallas. Señor, Vuestra Majestad hace versos excelentes, pero se burla del mundo. Sin embargo, ¿quién sabe si acaso pensáis realmente todo esto cuando lo escribís?.... Un día nos anima la pasión de los héroes y al siguiente pensamos como filósofos.» *Federico* responde á Voltaire: «No os extrañe mi oda sobre la guerra; os aseguro que estos son mis sentimientos. Haced distinción entre el hombre de Estado y el filósofo, y sabed que es posible hacer la guerra por razón, ser político por deber, y filósofo por inclinación.»

Esta doctrina de un hombre doble es demasiado cómoda para que la historia pueda aceptarla. Equivale á decir que hay una moral para los individuos y otra para los reyes. Si *Federico*, como

filósofo, condena la guerra de ambicion y la gloria de las armas, ¿por qué como rey invade la Silesia, declarando que lo hace por ambicion y por gloria? Preciso es decir, pues, como Voltaire, que *Federico* se burlaba del mundo cuando declamaba contra la guerra. Es preciso decir más, y es que su filosofía no es más que una máscara, bajo la cual habla el lenguaje del siglo. Todo ello no son más que frases. En realidad no hay ninguna contradicción entre su pensamiento y sus actos; la cuestión estriba únicamente en averiguar su verdadero pensamiento. Y esto no es difícil. No se ha tomado el trabajo de disfrazarlo mucho.

II.

Se lee en la *Historia de los progresos del derecho de gentes de Wheaton*: «El *Anti-Maquiavelo* de *Federico* sería digno de un Fenelon, por el espíritu de benevolencia que reina en él; pero los sentimientos que en él se manifiestan son demasiado sutiles para recibir aplicacion en los negocios por un hombre de Estado político.» Es verdad que en la obra del príncipe real se encuentran ciertos arranques de filantropía que sirvieron más tarde al rey para hacer versos. Pero al lado de estas declamaciones se encuentran en la refutacion de Maquiavelo doctrinas que no hubiera rechazado el político italiano. Respecto de la guerra y de su legitimidad, el joven príncipe es mucho más resuelto y decidido que los filósofos: «Como no hay tribunales superiores á los reyes, los combates tienen que decidir de sus derechos y juzgar de la validez de sus razones. Los soberanos discuten con las armas en la mano. Por consiguiente, las guerras se hacen por conservar en el mundo la equidad, lo cual hace sagrado su uso y de una utilidad indispensable.»

De suerte que la guerra es la justicia de los reyes, y como tal, sagrada. No es ésta la doctrina de Fenelon; sin embargo, la filosofía puede aceptarla; sirve para rectificar lo que hay de excesivo en los violentos ataques de los filósofos. Pero para que la guerra sea la manifestacion de la justicia, es preciso que sea la reivindicacion ó la defensa de un derecho. ¿Es ésta la opinion de *Federico*?

Por de pronto, toda guerra defensiva es justa, segun él. Esto es inadmisibile. Si el que ataca está en su derecho, es imposible que haga una guerra justa aquel que se niega á reconocer este derecho. Léjos estamos de la doctrina de que la guerra es la justicia. Es necesario añadir, como lo hace *Federico*, la justicia de los reyes, es decir, tal como los reyes la entienden. Les es permitido hacer la guerra, dice el *Anti-Maquiavelo*, no solamente para defender sus derechos, sino tambien para mantener las *pretensiones* que se les quiere disputar. ¿No parece que el príncipe real queria justificar de antemano la invasion de la Silesia? ¿Qué guerra no será justa, si para legitimarla basta una *pretension*? Nunca han faltado pretensiones á los soberanos, y si se les consiente, nunca les faltarán. Estas son máximas que Fenelon hubiera rechazado, y que la filosofía debe rechazar tambien; es la política usual del siglo XVIII erigida en principio.

Prosigue el *Anti-Maquiavelo*: «Hay tambien guerras ofensivas que son tan justas como las de que acabamos de hablar; tales son las guerras de *precaucion*, que muy prudentemente emprenden los reyes cuando la *grandeza excesiva* de las más grandes potencias de Europa parece á punto de deshordarse y amenaza absorber el universo.....» Hé aquí un nuevo principio que no podemos admitir sin reservas. Las coaliciones contra Luis XIV fueron justas, porque el gran rey habia empezado por hollar todos los derechos. Pero la *grandeza excesiva* por sí misma no legitima ciertamente una guerra ofensiva contra un Estado preponderante; en otro caso, habrá que decir que el interes justifica la guerra, y si es así, ya no hay que hablar de derecho ni de justicia. La más injusta de las guerras, tal como la coalicion de la Europa contra María Teresa, puede justificarse con las máximas del *Anti-Maquiavelo*. No valia la pena de escribir una refutacion del político italiano, cuando en definitiva profesaba la misma doctrina que él, el interes. ¿Podrá extrañar que con semejante moral *Federico* acabase por hacer el reparto de la Polonia?

Ahora que conocemos sus verdaderos sentimientos, comprendémos que, despues de haber escrito contra la guerra en verso y en prosa, se burla en prosa y en verso de la paz y de los que la predicán. El implacable crítico de Postdam no podia ménos de

burlarse de Saint-Pierre; hemos dado ya á conocer la carta de Federico á Voltaire sobre el proyecto de paz perpétua del buen abad. La burla alcanzó tambien á los enciclopedistas. A la vez que serie de sus declamaciones, dice que se ha convertido á su doctrina, que se ha hecho partidario de la paz. Habiéndole invitado Voltaire á arrojar de Europa á los Turcos, le contesta que no puede, porque los filósofos le han comunicado su horror á la guerra. Pero aquél príncipe pacífico conservaba sus uñas, y las hacía sentir á sus amigos los filósofos. Federico no se rie de los chistes que dirige Voltaire á los hombres de guerra en su *Diccionario filosófico*. Responde á su amigo que los antiguos filósofos, que no eran partidarios de la guerra, empleaban en sus palabras más comedimientos que los filósofos modernos. Pero ¿qué importan sus burlas? « Los gobiernos dejan vociferar á los cínicos y siguen adelante. » Hay palabras más duras todavía en la correspondencia de Federico. No es propio de un filántropo este chiste cruel con ocasion del reparto de la Polonia: « Los enciclopedistas, dice, deben estar contentos de mí, puesto que el reparto se ha hecho sin efusion de sangre. » Si fuéramos admiradores de Federico, quisiéramos borrar estas palabras con nuestra sangre: demuestran que el gran rey no tiene alma ni conciencia.

La filosofía de Federico no consiste más que en frases; despreciaba demasiado á los hombres para amarlos. Citarémos al acaso algunas pruebas, que no escasean en su correspondencia: « A pesar de los filósofos, el hombre seguirá siendo el animal más malo del universo. Siempre habrá guerras, como habrá siempre pleitos, bancarrotas, pestes y temblores de tierra. » « Lo mismo me da declamar contra la cuartana que contra la guerra; es tiempo perdido. » « Ha habido guerras desde que el mundo es mundo, y seguirá habiéndolas mucho tiempo despues que vos y yo hayamos pagado nuestro tributo á la naturaleza. » Voltaire envió á su régio amigo su epístola sobre la *Táctica*. El rey le responde: « Lo mismo da declamar contra la nieve y el granizo que contra la guerra; son males necesarios..... Lo que se pide al médico es que cure la fiebre, y no que haga una sátira contra ella. ¿Teneis remedios? dádnoslos; ¿no los teneis? compadeced nuestros males. » Federico no tenía el derecho de echar en cara á Voltaire la falta de compa-

sion. Más acreedor era él á esta censura. El filósofo francés no creia en la paz perpétua, como no creia el rey; pero los males de la humanidad le hacian sufrir, y queria contribuir, si no á curarlos, al ménos á aliviarlos.

N.º 2. — *Montesquieu*.

Montesquieu es historiador mucho más que libre pensador. En esto se distingue de todos sus contemporáneos. Para Voltaire, la historia, lo mismo que el teatro, era un instrumento; la ponía al servicio de la religion nueva, que predicaba bajo todas formas. *Montesquieu* no pensaba, como dice Voltaire, « en devolver al género humano los títulos que había perdido. » Desde las primeras páginas del *Espíritu de las leyes* tiene cuidado de advertirnos que no escribe para censurar lo que se halla establecido en ningun país: « Si yo pudiera hacer de modo, dice, que todo el mundo tuviese nuevas razones para amar á su príncipe, á su patria, á sus leyes; que cada cual pudiese sentir mejor su felicidad en su país y bajo su gobierno, me creeria el más feliz de los mortales. » Predicó con su propio ejemplo: « Platon daba gracias al cielo por haber nacido en tiempo de Sócrates; y yo le doy gracias porque me ha hecho nacer en el gobierno en que vivo, y porque ha querido que yo obedeciese á aquéllos hácia quienes me ha inspirado amor. » ¡Y aquel gobierno era el de las cortesanas! ¡Y aquel príncipe era Luis XV!

Esta disposicion de espíritu tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Es admirable para apreciar lo pasado con la indulgencia que conviene á la debilidad humana. Pero tiene un escollo, y es que induce á creer que las instituciones, si no son perfectas, al ménos están acomodadas á nuestras necesidades, y por consiguiente son buenas é inmutables, y que los hechos son igualmente legítimos, porque hay razones que los explican. Este es el escollo en que tropezó la elevada razon de Aristóteles. Sin embargo, en el siglo XVIII esta tendencia á explicar y á justificar lo pasado tenía tambien su razon de ser; era un contrapeso al movimiento demasiado precipitado que arrastraba los ánimos al campo desco-